

ludo al entrar en la plaza, con una crueldad que sólo tiene disculpa en su ceguera y en lo castigado que estaba siendo su amor propio de aficionados.

No; precisamente aquello, por fortuna para el torero, no ha vuelto á suceder.

Pero si aquel día salió mojado el *Gallo* de la plaza, hay muchos por ahí que están todavía secándose.

## VI

## ¡El "Gallo", no!

Á medida que Rafael fué estirándose, como se dice en el argot de los corrillos taurinos, arreciaba la campaña contra él.

Y fué tan cruel, tan persistente y tan sañuda, que yo abrigo el convencimiento firmísimo de que, á no considerar *Gallito* el deber ineludible en que estaba de atender á su familia y sacarla de la angustiosa situación en que se veía por las circunstancias minuciosamente relatadas en *El libro de Gallito*, hubiese abandonado la lucha dejando el campo libre á quien para vivir necesitaba estar solo.

Pero el *Gallo*, como es sabido, no tiene más pasión que su familia. Su madre, sus

hermanos y su casa son sus amores y, sus vicios. Por ellos este hombre débil y encogido se siente capaz de todos los sacrificios, de todas las abnegaciones, de todos los heroísmos.

Cuando vuelve triunfador de la plaza, Rafael no piensa en sí, no siente por él la satisfacción de la victoria; se alegra por la alegría que dará á los suyos, é interrumpe á cada paso los comentarios admirativos conque los que le rodean ensalzan la magnificencia de sus faenas, para preguntar á los amigos de confianza que llegan:

—¿Ha telefoneado usted á mi madre? ¿Qué le ha puesto usted?

Algunas tardes, entusiasmado con el arte mágico de Rafael el *divino*, yo he telefoneado desde la misma plaza á la capillita de la calle de Santa Ana, donde, ante el altar de la Macarena espléndidamente iluminado, la madre del torero rodeada de sus hijas reza desde la hora de hacer el paseillo hasta que los chicos de teléfonos traen sudorosos el ansiado papelito: "Contento.—Rafael."

"Gabriela—le telefono—¡Rekikiriki! ¡José que calvo!" ú otra alegría por el estilo.

—Mira Rafaé—le dice cuando llega á los

estoques, Antonillo, su fiel mozo de "espás", á quien yo he enviado el despacho para que lo haga salir de la plaza con el que ellos mandan desde allí á casa de Rafael.—Aquí hay un telefonema para tu madre.

—A ver. Leérmelo.

Y espera un momento, fingiendo lavarse las manos ó buscar el capote, antes de hacer el paseo triunfal á que le llaman los aplausos de la multitud enardecida, para enterarse del "parte" y reír pensando en la cara de alegría que pondrá su vieja al recibir el papelito amarillo.

¡Ah, si no fuese por ella, por las tres mocitas juncales y por el renacuajillo, que ahora es el amo del toreo, que no tenían otro apoyo que el trabajo de Rafael, cuántas veces durante estos penosos años hubiese renunciado á la lucha!

—¡Un día me voy!—dijo asqueado, cierta vez, la única que de su boca callada y prudente salió una palabra de protesta.—¡Si yo tengo bastante para mí con un real de pescado frito, ¿para qué voy á estar más en esta pelea?

Andaba *Gallito* dando tumbos en sus años malos, años de enfermo, de perseguido por la mala, de "encojio", aquí huyo y

allá me tiro al callejón de cabeza, y ya era una preocupación, infundía miedo.

Y porque daba miedo y preocupaba, se pasaron los del otro lado una porción de tiempo, que se cuenta por años, negando á este gran torero, á este monstruo de la torería el agua y la sal de la justicia; hablando con breves y secas palabras de sus grandes faenas, sin poner en el relato color ni calor, y echando la cuenta por partida doble y hasta por logaritmos, de todas sus acciones malas; y acciones malas de *Gallito*, eran para el bombismo todas las que no podían notarse de superiores y aun muchas que de tales debieron ser calificadas, como si para Rafael se hubiera abolido la gradación de términos que hay desde lo bueno á lo malo.

Había antigallismo furioso en los periódicos; había encargados de hablar mal á voces de *Gallito* en los mentideros taurinos á diario; hasta el telégrafo, contagiado del pánico general—porque todo esto no era más que una forma del miedo que inspiraba á todos—fué antigallista, para referir minucioso y jocundo, todos los lances desgraciados del torero, hasta los que nadie vió, y se sentía acometido de una parquedad elocuente cuando el gran torero se encaramaba á las altu-

ras del arte, sólo para él accesibles. Un día levantóse *Guerrita* de su asiento en una plaza de toros, asombrado por la labor de *Gallito*, y ronco de jalearle, sentenció definitivo:

—¡Eso no hay torero que lo jaga, ni lo ha jecho ninguno!

Y el telégrafo dió cuenta de este festival de aquesta expresiva manera:

“*Gallito*, bien”.

A Rafael se le ha contado cada fracaso, —como si él fuese el único torero que tiene tardes malas,—como el fracaso definitivo y total de su arte y de su persona.

A su alrededor había tejida una tupida red, por entre cuyas mallas, parecía imposible escaparse y todavía, aún viéndolo, no se concibe cómo pudo salir de aquel cerco. Había hinchadores de telegramas que tenían la representación de otros toreros y que naturalmente no acertaban á ver con vista clara los éxitos del torero artista. Otros, arrollados por el bombismo ambiente, trataban á este torero sin la menor consideración y encontraban lícitos todos los chistes que se les ocurrían á su costa, y así, por ejemplo, cuando un corresponsal telegrafiaba “División de opiniones,, comentando la faena

que el *Gallo* acababa de hacer, ellos repetían el manido chiste "Unos silbaron á Rafael y otros al *Gallo*„, con lo cual se le sustraían los aplausos y se contaba como una derrota total lo que estaba muy lejos de serlo.

Aun para contar lo que ocurría en Madrid á la vista de trece mil aficionados, trece mil testigos, que podían en su día testimoniarse el antigallismo de los informes, se empleaban los más variados procedimientos para no confesar la derrota de quienes habían negado á sangre y fuego el poder de Rafael, y así mientras unos, como *Don Modesto*, regateaban y discutían el mérito de las faenas de *Gallito* y, no encontrando *pero* que ponerles, quitábanles valor declarándolas hechas ante enemigos sin cuernos, poder ni voluntad de lastimar, que eran, según antes vimos, todos los toros que le tocaban á Rafael, en contraposición á los incomodados, perversos é ilidiables que siempre, indefectiblemente, le correspondían á *Bombita* por decreto de su suerte perra; otros encontraban las más estrambóticas y retorcidas fórmulas de regateo para negar el brillo de su pluma, otras veces pintoresca y jocunda á la labor del torero. Así hemos leído en tantas ocasiones aquello de "instrumenta varios lan-

ces recomendables y hubo en total en la labor cosas plausibles, con otras que no eran del todo silbables„.

¿Me quieren ustedes decir cómo se representaban los que no habían presenciado la corrida, una faena descrita con tan vivos colores?

Pues ved aquí esta otra muestra (muy reciente, para no andarnos molestando en la rebusca) del procedimiento revisteril antigallista.

Rafael ejecuta una de sus más bellas faenas que enloquecen á la multitud y el revistero escribe:

"El citado Rafael muleteó no más que lo „necesario para el justo aliño del guisote, y „luego sintió deseos y pujos de adornamiento „y tiró el hombre sus filigranas.

„De primeras recetó un pinchazo, que „peores se le han aplaudido, y luego hizo „una serie de desplantes muy alejados de su „arte maravilloso, mezclando algunos pases „de su exclusiva propiedad y maestría.

„(Risas por lo primero y aplauso general „por lo otro, esto otro ganado á toda ley).

„Después una estocada corta, no más que „un poco ladeada, defunción y nutridos aplausos, mezclados con cuatro ó cinco intransigentes pitos“.

Cualquiera que leyese esta reseña sin haber estado en la plaza ni leído otros periódicos ¿cómo juzgaría la faena del "calvo"? Sin duda alguna como un trabajo desigual en el que con muchas cosas malas se mezclaron, como por casualidad, algunas buenas, pero sin ser esta la nota total, que diría el compañero aludido, de la labor del *Gallo*. Y bien claro lo decía el público limitándose á aplaudir sin extremar el ruido ni el calor de sus muestras de aprobación, porque de otro modo se hubiesen escrito, como es práctica, aquellas palabras sacramentales y gratas de "ovación y vuelta al ruedo".

Pero, átenme ustedes esta revista por el rabo: Mientras arrastraban al toro y sus víctimas, el revistero, contagiado sin duda por el fuego de la plaza, se dejó llevar de un irresistible y loable sentimiento de justicia y escribió á continuación, en verso esta vez:

Con ser grande la ovación,

(¿En qué quedamos?)

además de bien ganada,

(¿En qué volvemos á quedar?)

yo creo que muy menguada

(¡Atíza!)

ha sido en esta ocasión.

Huelgan absolutamente todos los comentarios, ¿verdad?

Pues aún había y hay otros que sin andarse por las ramas de estos distingos y sutilezas, se liaban resueltamente la manta á la testa, se colocaban dos pares negros de gafas en los ojos, y... ¡á soñar el ciego que veía! Ellos estaban en la plaza, es verdad; pero en la plaza no ocurría sino lo que á ellos se les figuraba. Y así se dió cierta vez el caso estupendo de que el director del diario en donde uno de estos revisteros de punta y tacón le contaba al público lo que él se imaginaba ver, creyóse obligado á rectificar la apasionada revista en que se flagelaba al *Gallo*, que había realizado aquella tarde una de sus más maravillosas faenas, y encima de la evacuación biliosa del revistero y pegándose de coscorrónes con ella, hizo poner, justiciero, un epígrafe á dos columnas con unas titulares muy grandes, en que rectificaba la revista antigallística diciendo, poco más ó menos:

*El "Gallo" hace una faena enorme y el público la premia con una ovación delirante.*

¿Creen ustedes que el caso sirvió de escarmiento? Nada de eso. De aquí en adelante en vez de dos pares de gafas ne-

gras se pusieron tres, y tan Tancredos. Una vez más se repetía el cuento de las codornices que en cuanto oyen un trueno esconden la cabeza presurosas y dejan el resto de su ornitológico individuo en disposición de que lo divida un rayo.

No había ocasión, momento, ni lugar, en que no se encontrase un púlpito con un bombista encaramado cantando las virtudes de *Bombita* y lanzando anatema sobre anatema contra su rival *Gallito*. Lo mismo era que abriese usted un periódico como que fuera al Inglés, asomase las narices por el Lyon, ó se sentara en Fornos.

Cualquiera que fuese en deber á *Bombita* un favor, y es fama que era hombre muy servicial, creíase obligado á pagárselo combatiendo á sangre y fuego al *Gallo*. Así se vió durante mucho tiempo que ciertos empleados de la Asociación de toreros se pasaban los días y las noches diciendo pes-tes de Rafael en los mentideros taurinos y en otros mentideros, obligando con ello á *Gallito* á darse de baja en la benéfica Sociedad, creación admirable y loabilísima de *Bombita*, y dando motivo á que alguien con autoridad en la misma se creyese en el caso de llamar la atención de los tales su-

jetos, advirtiéndoles la incompatibilidad que existía entre el sueldo que cobraban y la desconsideración con que sistemáticamente venían tratando á un asociado.

Pero la advertencia llegaba tarde y *Gallito* no quiso, con muy buen acuerdo, volver á ingresar en una corporación donde así se le maltrataba.

No tardaron los hechos en confirmar la razón que le asistía, porque en la Junta general siguiente alzóse la voz de un infeliz novillero trágicamente fallecido poco después, y gran amigo y admirador de *Bombita*, para pedir, con el apoyo de otros correligionarios, que se declarase el *boycott* á cuantos toreros no fuesen socios de la Asociación, caso en que sólo estaba Rafael, proyecto que hizo abortar el buen sentido y rectitud del administrador y alma de aquélla, mi querido amigo y compañero el redactor del *Diario Universal* D. Carlos Caamaño.

Rafael contestó á estas acometidas toreando gratis, con caballeresco desinterés, la corrida que á beneficio de la Asociación de toreros, se celebró aquel año en la plaza de Madrid y para la cual era el *Gallo* figura principal é indispensable.

Poco después fundábase en Madrid aque-

lla Sociedad de resistencia toreril, cuyo fin y utilidad no se ha visto muy claro.

Nunca se había combatido á un torero con tal encono, con tanto ahinco. En los tiempos de *Lagartijo* y *Frascuelo*, peleábase acaso con más violencia, y ahí está el libro *Guerrita*, de Peña y Goñi, y otros trabajos del inolvidable escritor para probarlo; pero nunca se había perseguido á un torero con tanta saña, con persistencia semejante, sin desperdiciar oportunidad ni pretexto para agredirle, ni perdonar ocasión de maltratarle.

Salí yo á su defensa, y al momento, no obstante mi insignificancia, en cuanto se convencieron de mi irreductibilidad, se desataron contra mí las iras del Olimpo bombista del Lyon d'or, y una tarde á propuesta del más anciano de la tribu, un revistero sin vista, autoridad de crítico y clientela de público,

aquel cotarro,  
con más humo que echa un tren,  
entre la copa de ojén,  
la ceniza del cigarro  
y alguno que otro terrón  
de azúcar allí esparcido,

decretó solemnemente *Urbi et Orbi* el vacío,

el silencio contra el desventurado revistero *Don Pío*.

Cuando me lo contaron, sentí el frío  
de una hoja de acero en las entrañas,

y desde el punto y hora en que mi cofrade *Pepe Laña*, testigo presencial del anatema me hizo, riéndose, ¡el infame! la notificación extra-oficial del caso, me entró una pena tan grande que empecé á engordar á engordar, de tal modo, que no he parado hasta los ciento cinco kilogramos y un poquirritín que hoy pesa, ¡ay! mi pobre humanidad.

Mas ellos lo tomaron por lo serio, y más principalmente el aludido revistero, que se fué un día muy resuelto á *Don Modesto* y le interpeló, según el mismo cronista de *El Liberal* me ha referido:

—¿Por qué cita usted á *Don Pío*? ¿No comprende usted que es llamar la atención hacia él? No le aluda usted más.

Les digo á ustedes que cuando no me he muerto entonces, ya no me muero... hasta que Dios quiera.

Pero lo más gracioso fué que, al año escaso el demontre del hombre había cambiado de viento y se pasaba las revistas aludiéndome. Y yo callado, no fuera que otra

vez me silenciase. Y cuando algún amigo venía á advertirme que debía contestarle, yo preguntaba invariablemente:

—¿Quién es ese? No le he oído nombrar..... Y además, yo no alterno con novilleros.

¿Pero qué tenía *Gallito*, que les había hecho *Gallito* para que así le persiguiesen? Porque ya comprenderá el avisado lector que el rayo del silencio fulminado contra mi humilde personilla por personajes que no tenían contra mi motivo de queja ni animadversión, obedecía pura y simplemente á mi filiación taurina, á mi cualidad de único revistero gallista que entonces plumeaba en los periódicos madrileños.

¿Qué tenía *Gallito*, que les hacía *Gallito*?

Pues *Gallito*, sufría humilde, resignado y silenciosamente las injurias y las arbitrariedades de la injusticia, seguro de que el día de la verdad estaba cercano.

Él no hacía más que torear. Toreaba todo lo que le echaban y otros no querían, con lo cual y con estar bien en la mayor parte de las corridas de Miura que lidió por aquel entonces, agravó su situación ante la prensa bombista y los aficionados de nuevo

cuño, ya que con ello iba contra la corriente modernista que quería los toros sin toros y había declarado ilidiables los de don Eduardo por el sólo hecho de que tenían aspecto, patas y comían á sus horas, costumbre esta última que se va perdiendo en casi todas las vacadas, según hemos visto en el año de desgracia ganaderil que corre.

Lo toreaba todo, entraba en todas las combinaciones juzgando igualmente á todos los compañeros dignos de alternar con él, como lo torea ahora todo y torea con todos. Preguntad á cualquier empresario; uno por uno os dirán lo mismo:

—El único torero que no nos pone ni nos ha puesto nunca inconveniente por los toros es Rafael.

—Del ganao no tenéis ustedes que decirme ná; lleváis el que mejor os convenga, que yo toreo lo que me echen--contesta á las empresas que van á contratarle.

Cierta vez, estando Rafael postrado en cama con aquella dolorosa manifestación de su enfermedad vesical, que casi le imposibilitaba para andar, llegaron á Sevilla los empresarios de Castellón buscando toros para la corrida de la Magdalena que había de celebrarse de allí á pocos días y que

era la primera de la temporada que iba á torear *Gallito*. Una tarde fueron á casa del torero.

—¿Qué traéis ustedes?

—Hombre, que estamos desesperados, porque no encontramos toros. Nadie los tiene en condiciones.

—¿Habéis ustedes visto á Miura?

—No; á Miura, no.

—Pues D. Eduardo tiene toros ¿Por qué no le veis ustedes?

—Hombre, porque para primera corrida y estando tú como estarás aún ese día...

—¿Y eso que tiene que vé? ¿No son toros como los demás? Si allí ó en otro lao no nos vamos á escapar de torearlos...

—¿Y crees tú que nos los venderá?

—Yo iré con ustedes.

Hizo enganchar el coche, y medio desnudo y embozado en la capa, allá se fué con los empresarios á la plaza de la Encarnación en busca del ganadero de los toros del pánico.

—¿Qué traes, Rafaelito?—le preguntó don Eduardo.—Me habían dicho que estabas malo.

—Y es verdad. Mire usted como vengo—desembozándose.—Por estas señales po-

drá usted comprender el interés que tengo en servir á estos amigos.

—Pues serán servidos.

Y lo fueron, y el “torero del miedo” se estrenó aquel año toreando, enfermo, una corrida respetuosa de los toros pavorosos que no quería ver ni pintados “el torero de la valentía”.

¿Qué tenía *Gallito* para que lo persiguieran?

Él era y es un hombre simpático, correcto, dádivo con los necesitados, metido en sí, bueno, serio; estaba además en condiciones excepcionales de decaimiento físico, que hubieran sido motivo de simpatía en otro torero; ¿por qué, pues, la persecución?

Porque *Gallito* venía á destruir muchas cosas, á acabar con muchas cosas; porque, Mesías del toreo, venía á derribar los falsos ídolos y á restablecer el culto de la verdad, y á la voz poderosa de su arte, como las murallas de Jericó al sonido de las trompetas bíblicas, el templo de la mentira veníase al suelo con peligro de los fieles y sacerdotes que dentro se hallaban, y era necesario á toda costa impedir la ruina de la falsa religión.

Por eso *Don Modesto*, el maestro *Don*

*Modesto*, el único eficaz y acertado partidario de *Bombita*, realizó aquel alarde de poder periodístico, sólo posible á tan gran periodista como él, de hacer presente á *Bombita* en la plaza de Madrid durante los años de su destierro, escribiendo aquella admirable serie de revistas en las que, torease quien torease, ocupaba siempre el primero y más largo espacio el ausente; crónicas que, si la gratitud no es, como parece, vana invención de algún sentimental, debe tener el torero favorecido con ellas grabadas con letras de oro en las paredes de su casa y con indelebles caracteres de reconocimiento en su corazón.

Con aquella primera columna de sus amenísimas y leidisimas revistas que *Don Modesto* dedicaba siempre, invariablemente, á ensalzar las glorias de *Bombita*, mantuvo vivo el fuego sagrado del bombismo, y sostuvo el cartel del desterrado, impidiendo que la novelería del público lo olvidase por atender á los que aparecían pujantes y decididos reclamando con mejor derecho el puesto que el otro ocupaba.

En estas primorosas crónicas que servirán de texto el día que se funde la innecesaria escuela de periodistas—innecesaria porque

para desempeñar este oficio no hace falta saber leer, ni mucho menos escribir según se va dejando invadir por el analfabetismo y la desaprensión—en estas crónicas, digo, al mismo tiempo que se ponía por las nubes al ídolo roto, no se perdonaba ocasión de zaherir á *Gallito*, cuyos méritos se rebajaban sistemáticamente, y cuando no había posibilidad de pegarle, porque Rafael realizaba una de esas faenas prodigiosas que sólo á él le son posibles, y á fuerza de las cuales se fué abriendo paso, salía el revisitero de los siete mil gatos rabiosos en la barriga rebajando el mérito del trabajo, asegurando que el toro que el *Gallo* había sorteado tan maravillosamente era una babosa sin cuernos, lo que entonces se llamó "el toro ideal", que como es sabido no se fabricaba ni salía para más toreros que Rafael una tarde sí y otra no, como si los ganaderos, descubierta esta otra piedra filosofal de saber lo que los toros tienen guardado en el arcano de las intenciones, le reservasen al gitanazo, que no era nadie en el toreo, los toros buenos, para echarle los malos á su rival, que lo era todo.

Los gallistas sentíamos todo lo que no nos dolían otros que no nos importaban

nada los palos de ciego que, sobre las tundidas costillas del *Gallo*, descargaba el capricho y la pasión bombista del crítico tau-rino de *El Liberal*, primero, porque el arte con que estaban hechas las revistas los hacía más dolorosos y dañinos, y después porque la autoridad periodística del maestro se imponía á la falta de ideas propias de los que no sabían pensar por su cuenta, arrastraba á muchos y equivocaba á la numerosa falange de lectores que no tienen noticias directas de los toros y sólo saben de ellos lo que quiere contarles el revistero favorito.

Barnum, el rey del reclamo, no soñó jamás con uno semejante al que gratuitamente le estuvo haciendo á *Bombita* durante tanto tiempo, en tan señalada ocasión y en periódico tal la galana pluma del malabarista revistero de toros.

¡Las cosas que inventó entonces el demonio del hombre para llamar la atención sobre su ídolo!

De todas ellas fué quizás la más graciosa y miureña aquella apuesta con que, no sabiendo ya qué hacer porque el enemigo se iba apoderando "lenta pero continuamente," de las posiciones hasta entonces por los

otros ocupadas, sorprendió una mañana á sus descuidados lectores.

Yo tengo la seguridad—dijo el travieso cronista—de reunir veinticinco mil pesetas, para apostarlas contra quince mil de los gallistas, á que *Bombita* queda mejor que *Gallito*, en tales y cuales corridas que se jugarán en Carabanchel, Aranjuez (plazas de maestranza) y Sevilla, bajo la presidencia de un jurado formado con más gente que un batallón para la guerra.

Como los gallistas somos pobreticos y entre nosotros, que éramos cuatro gatos pelechando, no había banqueros como en la otra acera, ni el torero, que andaba más maltratado por los usureros que por los bombistas, tenía dinero disponible para emplearlo en esta aventura, que para él no hubiese sido disparatada, la situación no podía ser más bonita para *Don Modesto* y su cliente: se divertían un rato á nuestra costa, y, como en nuestras cartas faltaban los oros del triunfo, ganaban fácilmente la partida y, sin arriesgar nada, se apuntaban este tanto más en la cuenta de sus imaginarios triunfos.

Pero no contaron con la dichosa y entremetida huésped, y ocurrió que cuando más cariacontecidos estábamos los veintiséis ga-

llistas y medio de Madrid, por no poder contestar como se merecía al alarde del secretario de Estado del Benedicto XIII del toreo, se descolgaron unos buenos gallistas sevillanos comunicándome que pondrían á mi disposición, tan pronto *Don Modesto* manifestase su conformidad trece mil y pico de pesetas para sostener la apuesta, que con nueve mil que ofreció otro desconocido y buen aficionado de Alicante..... sirvieron para destriparle el cuento al ingenioso cronista de *El Liberal*, que hizo como que no se enteraba, y se apresuró á poner punto al original desafío en cuanto vió que los gallistas tiraban á dar.

Si *Don Modesto*, que sabe la simpatía que le tengo y la justa admiración que me inspira, no se ofendiese y me diera su permiso para hacer la comparación, yo diría que sus magníficas crónicas de *El Liberal*, fueron el Babieca con que el seudo Cid taurino ganó después de muerto grandes batallas.

Bien es verdad que se lo agradecieron mucho, y el formidable periodista recibió el día de la despedida de *Bombita* público testimonio de la gratitud del torero, viendo como éste le decía adiós á todo el mundo y brin-

daba toros á todos los amigos que le habían seguido durante toda su vida torera, sin detenerse un momento ante el sitio que ocupaba su paladín, y en donde aguantó durante tanto tiempo la marea de la indignación del público imparcial, para haberle dicho, seguramente con el aplauso de toda la plaza, que echó de menos el brindis:

—Brindo la muerte de este toro, el último que voy á matar, á mi gran amigo *Don Modesto*, en consideración y agradecimiento á los muchos marrajos que me ha toreado en mi vida torera..... exponiendo todo lo que se expone en estos casos.

Una vez más, al llegar alguien arriba, recibía una gentil patada en agradecimiento el periodista que le había servido de escabel.

El oficio es "ansí".